

"La Nación", Buenos Aires
29 abril 1923



(Recogido en "De esto y de aquello", tomo IV)

29 abril 1923

La literatura y el cine

(Para LA NACION)

EN el número del 4 de febrero de este diario, y en su sección de "Al margen de la actividad teatral" me encontré con un artículo editorial que decía: "Por qué los literatos no escriben para el cine". Todo fué leer este título y decirme: "Otra! porque el cine no es literatura. Es como si se preguntara por qué un músico no compone para una exposición de cuadros o por qué un pintor no pinta para una sinfonía". Pero me puse a leer el artículo que resultó ser un informe de un escritor francés, M. Gustave Guiches, en que apenas se habla de literatura y sí casi tan sólo de economía o de crematística.

Vi que al cinematógrafo se le llama el séptimo arte. ¿El séptimo? Supongo que los otros seis serán: pintura, escultura, arquitectura, baile, música y poesía. Pero lo mismo podía ser el noveno si incluímos también la sastrería y la tauromaquia o torero. Y debo confesar, antes de seguir adelante, que el cine me molesta bastante. Primero a los ojos y luego al espíritu. No puedo resistir el que me quieren dar un drama pantomímico donde hacen falta palabras y que luego proyecten en la pantalla un letrero en que se me cuenta lo que han dicho o han de decir los que aparecen gesticulando y hasta moviendo los labios, que es como si tocaran la música del tango que se ha visto o se verá bailar.

Sin música, esa de disociar la palabra y el gesto que la acompañe es sencillamente monstruoso. Y como no soy sordo, no resisto esas pantomimas. Y he aquí por qué un literato, un verdadero literato, un poeta, cuyo instrumento es la palabra, un artista del verbo, no puede escribir para el cine. ¡Escribir para el cine! Será dibujar a lo sumo...

M. Guiches decía en su reportaje que después que se encargó de argumentos de películas a la Sociedad de Autores hay en Francia "una verdadera crisis de argumentos". ¡Claro! Como que para un literato, para un

por Miguel de Unamuno

verdadero literato, el argumento, eso que suele llamarse argumento es lo de menos. Con cualquiera y hasta sin argumento en el sentido grosero, hace un poeta un drama maravilloso y con un mismo argumento uno hace una obra interesantísima y el otro una pesadez para dormirse de pie. Como que sólo a un imbecil sin estética se le ocurre preguntar por el argumento del "Hamlet", del "Prometeo", de la "Iliada" o de la "Divina Comedia". Tanto vale preguntar por el argumento de una sinfonía de Beethoven o del cuadro de las Meninas, de Velázquez. O por el argumento de las cataratas del Niágara, el golfo de Nápoles o del Mont Blanc.

En el reportaje de M. Guiches se habla de "filmar"—¿no sería mejor decir "pelicular"?—y se mide por metros la obra... literaria. ¡Delicioso! Y se dice que no todas las novelas ni todos los dramas son peliculars. ¡Claro! Ni por dramáticos que sean. "Película" es lo mismo que "pelaja" y pelicular una obra literaria es despellejarla.

M. Guiches dice que el escritor descorazonado por la retribución ínfima que se da a su trabajo para el cine se desinteresa de la invención



VNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDOS.USAL.ES

"La literatura y el cine" — y 2



directa para el cinematógrafo "y considera la adaptación a la pantalla como un suplemento insignificante a los beneficios que sus obras le reportan y que, por consiguiente, le vale más escribir para el libro o el teatro y luego autorizar la adaptación de sus novelas o sus dramas." ¡Y es natural! En primer lugar, la invención directa para el cinematógrafo nada tiene que ver con la literatura ni hay por qué pedírsela a un literato. Y si un autor de películas, un inventor de pantomimas, toma como punto de partida o arranque de inspiración una novela o un drama, no sé qué le deba, jurídicamente quiero decir, al novelista o al dramaturgo más que un pintor que pinte un cuadro representativo de una escena de la novela o del drama. Yo he escrito algunas novelas y cuentos y dramas que no creo que tengan nada de pelliculables, pero si a algún cinematografista se le ocurriera sacar de alguno de ellos una película—que yo no iría a ver—no creería que me debía más que un pintor que hiciese un cuadro representando uno de sus personajes o de sus escenas.

El novelista o autor dramático a

quien le pelliculan un argumento sale ganando, porque ello sirve de reclame o de anuncio de su obra literaria. Después que ha corrido toda España una película—de no sé cuántos kilómetros—sobre el argumento de "Los tres mosqueteros", de Alejandro Dumas, ha aumentado grandemente la venta de esta novela y eso que había sido muy leída ya antes. Como cuando se puso muy en boga aquí la opereta francesa "La Mascota", estrenada en Madrid en diciembre de 1882, nos cuenta Julio Nombela en su libro "Impresiones y recuerdos", que en tres años hubo que hacer diez ediciones de sendos mil ejemplares—lo que hace 10.000—de su libreto en español. La gente quería aprender la

letra de la música que se le había pegado al oído. Letra que, por lo demás, no tenía que ver con la música más que una obra literaria con la pantomima en que la pelliculan. Y sabido cuán detestables son literariamente considerados los libretos de algunas de las óperas que han alcanzado más éxito.

La cosa me parece clara y es que así como hay música sin letra, romanzas sin palabras, debe haber cine sin argumento... literario. O mejor sin literatura de argumento. Una misma impresión natural se puede pintar, se puede esculpir y se puede describir literariamente, pero no es menester confundir las impresiones.

Ya en el mismo arte dramático literario, hablado, con palabras, el actor introduce la pantomima que a las veces ahoga lo literario. Dramas hay detestables que se representan porque el actor sabe pantomimarlos, gesticularlos, o hasta porque la actriz sabe vestirlos, y dramas excelentes, muy dramáticos, henchidos de acción y de pasión fracasan en el teatro porque los actores no saben decirlos.

Mr. Guiches acaba diciendo. "En definitiva, que los editores cinematográficos se decidan a pagar razonablemente a los escritores y entonces tendrán su colaboración y recibirán muchas obras interesantes concebidas directamente para la pantalla". ¡Cómo no!... Un escritor no es quién para concebir obras interesantes para la pantalla. Hay más, y es que cuanto mejor literato sea peor cinematografista será. El más sutil poeta psicólogo, el más grande psicopoeta o creador de almas, un Shakespeare, sería incapaz de crear a la Charlot, el más grande éxito de la pantalla. Y no es que neguemos que

Charlot no sea un alma; es que no lo es literaria, que no se expresa con palabras ni necesita de letreros que expliquen sus gestos.

Sucede como con las caricaturas; en rigor, no necesitan de leyenda. Me parece estúpido que se haga un dibujo en que aparezcan dos sujetos conversando para poner debajo un chiste de la conversación y nada más que para esto y sin que ni el dibujo aclare la leyenda o la explique ni ésta a aquél.

La literatura nada tiene que hacer en el cinematógrafo, que puede ser un recreo para sordos que no sepan leer, pero a la vez el cinematógrafo no hará más que estropear el ingenio de los literatos que se quieran dedicar a inventar pantomimas.

Ahora, si a un empresario de cinematógrafo se le ocurre ir proyectando en la pantalla las páginas de un cuento o de un drama o comedia, in-

tercalándolas con pantomima, como en libro con grabados, es ya otra cosa. Pero no me fiaría yo mucho del literato que escribiese para ese objeto. Su obra no debería tener más edición que la de la pantalla.

Y dejemos para otra vez eso de que el cinematógrafo sea un arte por sí, substantivo.

